



# EL DOLOROSO PLACER DE EDITAR

Escribe: Hugo Vergara - Docente de Humanidades y Facultad de Comunicaciones

Sobre el oficio de editor, el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, tristemente nos deja en la más profunda y nebulosa orfandad conceptual:

**editor, ra.** (Del lat. *edītor*, -ōris).

**1. adj.** Que edita.

**2. adj. Inform.** Dicho de un programa: Que permite redactar, corregir, archivar, etc., textos registrados en ficheros de símbolos. U. t. c. s. m.

**3. m. y f.** Persona que publica por medio de la imprenta u otro procedimiento una obra, ajena por lo regular, un periódico, un disco, etc., multiplicando los ejemplares.

**4. m. y f.** Persona que edita o adapta un texto.

Pero existe el otro diccionario, **El diccionario del Diablo**, donde se lee:

editor.

Una persona que combina las funciones judiciales de Minos, Radamanto y Aegeo, pero al que se le puede aplacar con un óbolo; un censor severamente virtuoso, pero tan caritativo además que tolera las virtudes de los otros y sus propios vicios; que esparce a su alrededor los rayos quemantes y los fuertes truenos de la admonición hasta que parece un ramillete de fuegos de artificio y que expresa petulantemente su pensamiento al igual que la cola de un perro; luego de esto murmura una suave y melodiosa tonada, dulce como el grito de un burro entonando sus plegarias a la estrella vespertina. Amo de los misterios y señor de la ley, altamente elevado en el trono del pensamiento, cuando su rostro se ha bañado con los sombríos esplendores de la Transfiguración, sus piernas se han enredado y su lengua, enrevesado, el editor expresa su voluntad a lo largo del papel y lo corta en tramos a seguir. Y a intervalos, desde detrás del velo del templo, se escucha la voz del capataz pidiendo tres pulgadas de ingenio o seis líneas de meditación religiosa, o el mandato de dejar la sabiduría y encajar algo de sentimiento.

¿Será, entonces, que la evidente animadversión que experimentaba Ambrose Bierce hacia los editores se debía a esa especie de investidura todopoderosa que les permite bajar el dedo, impunemente, a las palabras que encuentre indignas ante sus ojos? Siendo así, ¿estará condenado el oficio del editor a transitar entre los quehaceres más canallas, odiados y déspotas del hombre?

Gardner Botsford, antiguo editor de *The New Yorker*, no suena menos canalla cuando establece sus primeras cuatro reglas generales (de cinco) para editar un texto. Sintetizándolas quedan más o menos así:

**Regla general 1:** Para ser bueno, un texto requiere la inversión de una cantidad determinada de tiempo, por parte del escritor o del editor.

**Regla general 2:** Cuanto menos competente sea el escritor, mayores serán sus protestas por la edición. La mejor edición, le parece, es la falta de edición. Los buenos escritores se apoyan en los editores; no se les ocurriría publicar algo que nadie ha leído. Los malos escritores hablan del inviolable ritmo de su prosa.

**Regla general 3:** Puedes identificar a un mal escritor antes de haber visto una palabra que haya escrito si utiliza la expresión «nosotros, los escritores».

**Regla general 4:** Al editar, la primera lectura de un manuscrito es la más importante. En resumen, si te parece que algo está mal en la primera lectura, está mal, y lo que se necesita es un cambio, no una segunda lectura.

El poder que debe esgrimir el editor, para Botsford, no está en tela de juicio. Su mano debe ser firme y el criterio con el que trabaja debe estar enfocado en el lector, no en el escritor y mucho menos en sí mismo. Sin embargo, el mismo Botsford que no teme ser duro con el escritor resulta drástico con el editor pues lo responsabiliza de la existencia misma de la mala escritura:

**Regla general 5:** Uno nunca debe olvidar que editar y escribir son artes, o artesanías, totalmente diferentes. La buena edición ha salvado la mala escritura con más frecuencia de lo que la mala edición ha dañado la buena escritura. Eso se debe a que un mal editor no conservará su trabajo mucho tiempo, mientras que un mal escritor puede continuar para siempre, y lo hará. La buena escritura existe al margen de la ayuda de cualquier editor. Por eso un buen editor es un mecánico, o un artesano, mientras que un buen escritor es un artista.

Entonces, reflexionando con esta última regla, es cierto que la vida del editor es una vida de privilegio y así bautizó Botsford a su libro: *Life of Privilege*, cuyo título, teniendo en cuenta que se refiere a su vida como editor, podría resultar petulante si se olvida que el privilegio radica en convertirse en el instrumento que permita al escritor llegar en su total dimensión a sus lectores. Gran privilegio, tortuoso privilegio.